



Las palabras de Benedicto XVI en el Parlamento inglés a propósito del actuar en conciencia de Tomas Moro, que le costó la vida, mantienen su actualidad

Todas las personas reaccionan cuando la corrupción inunda el ámbito de los servicios sociales, y de manera particular, cuando se hace muy patente en las tareas políticas, y en otras actividades públicas que afectan a la vida social.

Esta reacción es una buena señal de que la preocupación ética, moral, sigue palpitante en su corazón y en su cabeza. Es la buena conciencia de los ciudadanos que esperan que los políticos se ocupen del “bien común”, y no de sus propios intereses ni de imponer sus “ideologías”.

Todo intento de introducir una cierta “ética” en la vida política y social, sin contar con la religión, ha fracasado rotundamente. Baste considerar que llegar a un consenso sobre ética sin saber “qué es el hombre y el sentido de la vida”, es imposible. Cada uno piensa una cosa diferente y acabamos en un individualismo radical: el final del camino de ese individualismo ya lo estamos viendo: imposición del aborto, de la ideología de género, de la eutanasia.

¿Cómo hemos llegado a esta situación?

Benedicto XVI [preguntó en el Parlamento inglés](#):

“¿Dónde se encuentra la fundamentación ética de las deliberaciones políticas?”

Y él mismo dio la respuesta, algo larga pero vale la pena:

“La tradición católica mantiene que las normas objetivas para una acción justa de gobierno son accesibles a la razón, prescindiendo del contenido de la revelación. En este sentido, el papel de la religión en el debate político no es tanto proporcionar dichas normas, como si no pudieran conocerlas los no creyentes. Menos aún proponer soluciones políticas concretas, algo que está totalmente fuera de la competencia de la religión. Su papel consiste más bien en ayudar a purificar e iluminar la aplicación de la razón al descubrimiento de principios morales objetivos (...). Por eso deseo indicar que el mundo de la razón y el mundo de la fe -el mundo de la racionalidad secular y el mundo de las creencias religiosas- necesitan uno de otro y no deberían tener miedo de entablar un diálogo profundo y continuo, por el bien de nuestra civilización”.

“En otras palabras, la religión no es un problema que los legisladores deban solucionar, sino una contribución vital al debate nacional. Desde este punto de vista, no puedo menos que manifestar mi preocupación por la creciente marginación de la religión, especialmente del cristianismo, en algunas partes, incluso en naciones que otorgan un gran énfasis a la tolerancia. Hay algunos que desean que la voz de la religión se silencie, o al menos que se relegue a la esfera meramente privada. Hay quienes esgrimen que la celebración pública de fiestas como la Navidad debería suprimirse según la discutible convicción de que ésta ofende a los miembros de otras religiones o de ninguna. Y hay otros que sostienen -paradójicamente con la intención de suprimir la discriminación- que a los cristianos que desempeñan un papel público se les debería pedir a veces que actuaran contra su conciencia. Éstos son signos preocupantes de un fracaso en el aprecio no sólo de los derechos de los creyentes a la libertad de conciencia y a la libertad religiosa, sino también del legítimo papel de la religión en la vida pública. Quisiera invitar a todos ustedes, por tanto, en sus respectivos campos de influencia, a buscar medios de promoción y fomento del diálogo entre fe y razón en todos los ámbitos de la vida nacional”.

Benedicto XVI, en resumidas cuentas, recordó a los políticos ingleses, conmemorando la figura de **santo Tomás Moro**, la necesidad de gobernar en conciencia, pensando en el bien común de todos los ciudadanos. Pero ¿cómo pueden actuar en conciencia, y buscando el bien común de los ciudadanos?

Al perder de vista su origen como hombre, y eliminar de su cabeza la verdad de la Creación, el político reduce todo el sentido de su actuar, privado y público, a la idea de “realizarse”, de “imponerse”, como hicieron **Hitler** y **Stalin** en su tiempo, y amparados en una mayoría “democrática” considerable.

Al eliminar la religión y sus enseñanzas del ámbito público, y a la vista de los resultados, el político inteligente puede -si quiere- descubrir la verdad de otras palabras de **Ratzinger**: “Sin Dios el hombre no sabe dónde ir ni tampoco logra entender quién es”.

Ojalá que alguno las descubra pronto; todavía estamos a tiempo de evitar el suicidio de Europa, que ya ha comenzado, y que camina adelante con la ayuda del aborto, de la ideología de género y de la eutanasia, que ahora se pretende imponer también en nuestro país.

Ernesto Juliá, en religionconfidencial.com.